

# Reflexiones alrededor de la educación, el café y el territorio en Colombia

Gerardo Machuca\*

## Resumen

Este artículo de reflexión busca resaltar la importancia que adquiere la educación en los procesos de desarrollo territorial. Para ello, se parte de un breve panorama de la producción cafetera en Colombia, luego se hace un análisis teórico desde el desarrollo territorial, el capital social y la institucionalidad; y, finalmente, se plantean algunos retos respecto del relevo generacional cafetero desde la educación. Se encuentra que la relación entre el capital social, el territorio y la educación resultan ejes fundamentales al momento de pensar en procesos de desarrollo territorial que potencien en paralelo lógicas de cohesión, relevo generacional y de empoderamiento cultural.

## Abstract

This article seeks to highlight the importance acquired by education in territorial development processes. For this, we start from a brief overview of coffee production in Colombia, going through a theoretical analysis from territorial development, social capital and institutionality, to finally raise some challenges regarding the generational change coffee from education. It is found that the relationship between social capital, territory and education are fundamental axes, when thinking about territorial development processes that promote cohesion, generational relay, and cultural empowerment in parallel.

### Cómo citar este artículo

(APA): Machuca, G. (2019). Reflexiones alrededor de la educación, el café y el territorio en Colombia. *Opinión Pública*, 12, 55-67.

> **Palabras clave:** café, capital social, Colombia desarrollo territorial, educación.

> **Keywords:** Coffee, Colombia, Education, Social Capital, Territorial Development.

\* Líder del grupo de investigación en Paz, Desarrollo Territorial e Innovación Educativa de la Corporación Unificada Nacional (CUN). Contacto: gerardo\_machuca@un.edu.co

## Apuntes sobre el café en Colombia

Desde el siglo xx, el café se ha convertido en un producto insignia en las exportaciones del país, que ha alcanzado importantes picos de producción y exportación hacia remotos lugares del mundo. En Colombia el vínculo del café con la dimensión económica está relacionado a procesos de colonización y modernización que desdoblán en dimensiones como la cultural. Su entrada al país por parte de los jesuitas se da a principios del siglo xviii. Pero será hacia mediados del siglo xix, en regiones como los Santanderes, Cundinamarca y Tolima, y a finales del siglo en Antioquia, en donde su expansión cobra una gran importancia.

En este proceso, la organización productiva, en la primera región particularmente, comienza a generalizarse de la mano de terratenientes (grandes poseedores de tierra), en un sistema de *parcerías* que, frente a la ausencia de un mercado consolidado, tenía un enfoque orientado hacia el autoconsumo. Esta situación se extenderá hasta la llegada de importantes capitales venidos desde Antioquia.

En el caso de Cundinamarca y Tolima, el carácter servil de los arrendamientos para el cultivo de café se caracterizó por una centralidad basada en la coerción (García, 2014). Una situación contraria se vivió en Antioquia, en donde se “establecieron “compañías”, *parcerías* relativamente libres con base en familias residentes, una por cada 5000 árboles, que contrataban trabajadores” (García, 2014, p. 41). Este modelo diferenciado, dado su anclaje con la unidad familiar, sería expandido en Caldas.

De entrada, los tres territorios principales en los que se situaron los primeros arreglos productivos encuentran elementos diferenciados tanto en la estructura de producción, como en la social, que consolida instituciones diferenciadas,

dados los procesos histórico-espaciales propios de estas regiones. Este elemento se hace evidente con la llegada de la Guerra de los Mil Días (1899-1902) que, aunado a una estructura productiva y de mercado débil, agudizó la crisis del sector. Esta situación se vio particularmente en los epicentros de la violencia en Santander, Cundinamarca y Tolima, en el aumento de costos en el transporte y disminución de la mano de obra disponible, lo que llevó la producción hacia el occidente del país (García, 2014, p. 43). Lo anterior puede ser explicado dado que, para la época, regiones como Santander, Cundinamarca y Tolima se caracterizaban por ser ejes económicos y políticos importantes para el país y epicentro de tensiones territoriales marcadas por la violencia.

La Guerra dejó grandes consecuencias, en especial en la dimensión económica, objeto de interés estatal en el gobierno de Rafael Reyes (1904-1909), quien, con modificaciones en el sistema monetario y presupuestario, además de un enfoque hacia la producción agrícola acompañado de acciones de infraestructura, consiguió consolidar, entre otras, la producción de café, particularmente en el occidente colombiano, en regiones como Antioquia y Caldas. Esto pudo darse gracias a una característica natural del café: su fácil producción en diversos pisos bioclimáticos, además de su posibilidad de cultivo en espacios pequeños, un elemento que permite una organización basada en la pequeña propiedad y su incorporación a la figura de la familia.

En la base de la expansión de la economía parcelaria en el occidente colombiano, estuvieron dos procesos hasta cierto punto complementarios que harían del café el producto privilegiado de estas regiones: la expansión de la frontera agrícola resultante de la colonización antioqueña y el hecho de que el café se adaptaba particularmente bien al

tipo de asentamientos surgidos de la colonización. (García, 2014, p. 44)

En paralelo, la consolidación de la producción de café en Colombia en la primera mitad del siglo xx da como resultado, en Antioquia y Caldas, una serie de externalizaciones que potencializan las redes comerciales por medio de otros productos. En esta línea, para Machado (2001), es posible caracterizar cuatro los momentos de la economía cafetera en Colombia: “1. El establecimiento de la industria cafetera 1880-1910. 2. La expansión precapitalista de la economía 1910-1930. 3. La transición al capitalismo 1940-1970. 4. Modernización de la economía cafetera y su crisis estructural 1970-2000” (Machaco, 2001, p. 79). En este último momento, el proceso de tecnificación en el sector cafetero en la década de 1970 se distingue por el inicio de una:

Fase ascendente del ciclo de precios, que transcurre entre 1975 y 1990, lleva al mundo a que el nivel de inventarios de café retenidos cayera sostenidamente, permitiendo la recuperación de precios, aun cuando es cierto que países antes marginales en el medio mundial de la producción, como Vietnam e Indonesia. (Pérez, 2013, p. 20)

Este crecimiento potencializa la creación de instituciones que con su presencia han fortalecido en gran medida el accionar de este sector, ejemplo de ello es la Federación Nacional de Cafeteros, FNC, quien representa a los productores, promueve programas de mejora técnica, apoya

## Desarrollo territorial y capital social

Anclado a procesos de desarrollo territorial, el café se ha convertido en un generador de capitales sociales importantes. En ese sentido, es necesario analizar diversos componentes de ese proceso que son de necesaria discusión. En primer lugar, no es posible pensar el *territorio*, desde la perspectiva planteada por Haesbaert

la comercialización y apoya la generación de políticas (Cárdenas, 1993). Otros espacios son: el Fondo Nacional del Café, Almacafé, Cenicafe y la Fundación Manuel Mejía. Estos en conjunto consolidan una red institucional que permite sustentar la “Cultura Cafetera” en Colombia. De estas asociaciones, en la actualidad se reportan comités departamentales en Antioquia, Boyacá, Caldas, Cauca, Cesar-Guajira, Cundinamarca, Huila, Magdalena, Nariño, Norte de Santander, Quindío, Risaralda, Santander, Tolima y Valle del Cauca, y oficinas coordinadoras regionales en Caquetá, Casanare, Meta y Putumayo, lo que muestra un panorama contundente de expansión no institucional y de la producción cafetera en el territorio colombiano.

De manera general, la presencia institucional vinculada a la producción del café en Colombia es una muestra del valor social y económico que el café adquiere en el país. En ambas dimensiones se teje el aspecto cultural y educativo. En un marco de tensiones socio-espaciales, estas se tornan en ejes de análisis, pues marcan hitos importantes en la consolidación del café a nivel regional, particularmente al momento de pensar en el desarrollo territorial de regiones marginadas y víctimas del conflicto armado, efecto de fenómenos como el narcotráfico, las bandas criminales, el paramilitarismo y movimientos guerrilleros. En esos territorios, los capitales sociales entran a jugar un papel determinante en la consolidación de transformaciones territoriales.

(2011), de manera unívoca y particular, dado que no existe un único territorio o territorialidad, aun cuando, en el marco de la globalización, se hable de la desaparición de las fronteras y con ello la desterritorialización. Al respecto, Haesbaert apunta que:

El mito de la desterritorialización es el mito de los que imaginan que el hombre puede vivir sin territorio, que la sociedad puede existir sin territorialidad, como si el movimiento de destrucción de territorios no fuese siempre, de algún modo, su reconstrucción sobre nuevas bases. (Haesbaert, 2011, p. 16)

Este elemento queda corroborado en Colombia, en donde la configuración territorial se da de manera diferenciada, al ver los procesos de expansión del café desde el siglo XIX. Estos tienen características particulares a cada uno de los nodos de producción cafetera en el país, marcados por el flujo constante de jornaleros (por diversas situaciones y fenómenos), en un amplio espacio geográfico, en donde la configuración de *lugar* es muestra de procesos constantes de reconstrucción territorial.

En paralelo, dada su amplitud conceptual, el territorio, entre variadas concepciones, tiene tres permanentes: 1. Política, según la cual el espacio tiene unos límites concretos y se asocia al poder del Estado; 2. Cultural, relacionada con la dimensión simbólica que se da con el espacio vivido; 3. Económica, en la que resaltan las divisiones del trabajo (Haesbaert, 2011, p. 35). En esta línea, se reconoce que el territorio se comporta de manera multidimensional, es decir, no es posible separar estas tres concepciones dado que todas ellas, en diferentes niveles, existen e interactúan al interior de aquel. Así, el café en Colombia configura un territorio que implica sub-territorialidades, no siempre en una relación armónica, que vincula lo político, cultural y económico.

En tanto relación de dominación y apropiación sociedad-espacio, se reproduce a lo largo de un continuum que va desde la dominación político-económica más “concreta” y “funcional” hasta la apropiación subjetiva o “cultural-simbólica”. Aunque sea totalmente equivocado separar

estas esferas, cada grupo social, clase o institución puede “territorializarse” a través de procesos de carácter más funcional (económico-político) o más simbólico (político-cultural) en la relación que desarrollan son “sus” espacios, dependiendo de la dinámica de poder y de las estrategias que están en juego. (Haesbaert, 2011, pp. 82-83)

En este sentido, la comprensión del espacio como una construcción social (Santos, 2000), acompaña al territorio y a los procesos de territorialización. Esto implica un amplio marco de relaciones espaciales y temporales que se sustentan por medio de los ejercicios de territorialización, desterritorialización y reterritorialización, resultado de las dinámicas socio-espaciales. En ese contexto, “el territorio [...] de cualquier modo, se define ante todo como referencia de las relaciones sociales (o culturales, en sentido amplio) y al contexto histórico en el que se está inserto” (Haesbaert, 2011, p. 67), lo que se puede notar en la producción cafetera en Colombia y la consolidación de territorios cafeteros como Caldas.

Por consiguiente, el constante proceso de desterritorialización y reterritorialización incorpora una imbricada ruta de agenciamientos que exceden los límites del espacio geográfico (Haesbaert, 2011). Lo anterior es una marca de los procesos de expansión del café en Colombia que, originados en el oriente del país, en regiones como los Santanderes, Cundinamarca y Tolima, y afectados por diversos procesos económico-políticos, generaron desterritorializaciones. Ello dio paso a una expansión hacia el occidente del país, particularmente a regiones como Antioquia y Caldas, en un proceso de reterritorialización, es decir, de construcción de territorio; mientras que en regiones como Santander, Tolima y Cundinamarca acontece un proceso de construcción territorial en una lógica menos estable, dado su carácter de epicentro de inestabilidades económicas y políticas, que responde a los procesos de configuración territorial, en donde:

El espacio es, también, un palco de relaciones sociales, y los lugares son fundamentales en el desarrollo y en la función de la sociabilidad. En primer lugar, cabe apuntar que cada localidad contiene formas de producción, siendo la base material de la estructura productiva existente. Además de eso, los modos por los cuales la sociedad organiza su reproducción tiene un amplio rebatimiento espacial, así como los modos políticos por los cuales la sociedad se organiza también tiene una proyección muy fuerte en el espacio, que ya se expresa de inmediato en las formas de control de los lugares. (Moraes, 2009, p. 6)

Así pues, el territorio no es un elemento estático; se transforma según las dimensiones políticas, económicas y culturales. Bajo este argumento, el análisis del *desarrollo territorial* resulta inevitable para comprender el arraigo del café en la zona occidental del país. En esta línea, el concepto de desarrollo territorial está dado por su ruta histórica. Para Ortega (2008), este deriva de la evolución del concepto de desarrollo, del que podemos resaltar cuatro momentos importantes: 1. Hacia finales del siglo XIX, vinculado a la idea de la evolución, vira hacia la idea de progreso alineado a los modos de producción del capitalismo; 2. Luego de las crisis de las primeras décadas del siglo XX, emerge la idea de crecimiento económico; 3. Con la finalización de la Segunda Guerra Mundial y la creación de los organismos interestatales como la Organización de Naciones Unidas, ONU, y en medio de las tensiones imperialistas de EE.UU y la URSS, comienza a ser discutido el tema del desarrollo, particularmente el regional; 4. Frente a las asimetrías de este desarrollo, emergen variados indicadores para medirlo, como el Índice de Desarrollo Humano, IDH, que, con algunas críticas respecto a su inclinación por las dimensiones económicas, avanza para la medición de dimensiones como

educación y salud. En paralelo, emerge la discusión por el desarrollo sostenible (Ortega, 2008, pp. 22-28).

De esta manera, el desarrollo territorial, en particular el enfoque territorial resultante de dicho proceso histórico, se asocia a la crisis del capitalismo en la década de 1970 y 1980 (Ortega, 2011). Esta deriva en cuestionamientos a las políticas centralizadas de desarrollo, lo que pone sobre la mesa nuevas formas de organización en la producción. En este sentido, procesos de descentralización y flexibilidad impulsan nuevas formas de organización socio-productivas. Un ejemplo de ello es la denominada *Tercera Italia*<sup>1</sup>, en la que:

La capacidad organizativa de la sociedad sería fundamental para su proceso de desarrollo, y una nueva orientación de políticas, en que los mecanismos de transferencia de recursos deberían ser diseñados para respetar la autonomía de las localidades, que creará la responsabilidad en el nivel local. (Ortega, 2008, p. 57)

En este marco, el desarrollo territorial incorpora procesos de planeación, de cuyos enfoques resaltan dos: el denominado *top-down*, caracterizado por la planificación desde el Estado, es decir, centralizado y guardando una importante proximidad con los sistemas interestatales; y el denominado *bottom-up*, caracterizado por la descentralización y la participación en territorio de sus comunidades. Vale la pena detenerse en este último enfoque, dado que permite comprender la dimensión del desarrollo territorial endógeno alineado al café en Colombia, por ejemplo, en el proceso de implantación del café, particularmente en las regiones de Antioquia y Caldas, en el que se evidencian mecanismos más claros en la construcción de organizaciones

1 La denominada Tercera Italia, hace referencia al proceso de desarrollo económico generado en la 2da posguerra en Italia en palabras de Becattini “en la Italia del milagro económico, dentro de un mundo occidental en gran expansión, se vuelven a crear las condiciones análogas a las de muchos *centers of specialized skill* británicos afectados por la primera gran expansión que siguió a la revolución industrial” (Becattini, 2002, p. 20).

socio-productivas. Lo anterior se relaciona con algunos elementos importantes, entre ellos el denominado *capital social*, comprendido como los “determinados tipos de normas y redes sociales que (...) son importantes para el desarrollo porque favorecen la realización de acciones colectivas en beneficio de la propia comunidad, ya que, entre otras cosas, reducen los costes de transacción” (Moyano-Estrada, 1999, p. 8).

Dentro de los elementos claves para el abordaje del capital social, Moyano-Estrada resalta las ideas de Émile Durkheim, en el aspecto de la racionalidad de los agentes; las de Max Weber, en cuanto la racionalidad está mediada por normas, y, finalmente, las de Georg Simmel, respecto a que dichas normas son construcciones sociales (Moyano-Estrada, 1999). En esta relación entre racionalidad, normas y construcciones sociales, la educación emerge como un eje en la construcción de capital social. Sin embargo, es necesario tener en mente que el “enfoque territorial no puede ser tomado como panacea pues no podemos ignorar las asimetrías de poder en los territorios, asentadas en viejas y nuevas oligarquías” (Ortega, 2008, p. 43). Esta perspectiva implica pasar revista sobre los condicionantes socio-espaciales que se relacionan, por ejemplo, con la producción cafetera en Colombia, cuyas dimensiones económicas, políticas y sociales marcan rutas complejas. Un ejemplo de ello es el conflicto armado y el narcotráfico.

Los desdoblamientos de lo anterior están relacionados con la consolidación de *arreglos territoriales*, centrales en los procesos de desarrollo territorial, entendidos como “unidades funcionales, o sea, segmentos de la tesitura institucional, cuya delimitación es hecha por medio de la identificación de una funcionalidad específica en la organización de las actividades económicas” (Pondé, 2005, p. 137). Para el caso del café en Colombia, este arreglo territorial está marcado por varios elementos, entre ellos, el de acumulación

de capitales, que da lugar a procesos de colonización importantes. Estos últimos, ayudados por la adaptabilidad de la planta de café, consiguen situarse de forma contundente, como lo fue durante el periodo de 1886 a 1939 que según indica Pérez (2013):

A este proceso histórico de acumulación de capital se le atribuye la ocurrencia de grandes cambios en la economía colombiana, como fueron la movilización social de un número considerable de propietarios rurales, evento histórico que se conoce como “colonización antioqueña” (...) En adelante la agricultura se proyectó no exactamente para permanecer dentro de las actividades de subsistencia, sino para promover la producción de excedentes agrícolas, como los demandados por las nuevas ciudades y poblaciones, o para atender al mercado internacional con sus productos de las tierras abiertas al cultivo del café. (Pérez, 2013, p. 17)

Esa situación posibilitó una especialización en los arreglos territoriales, que, además de dar relevancia a la producción para la industria exportadora, generó importantes desdoblamientos cualitativos evidenciados en la configuración de un acervo cultural asociado al café alineado a la generación de renta.

El principal efecto virtuoso de la industria del café se sintió durante varias décadas, al haberse convertido en una fuente estable de acumulación del ingreso, repartidora del ahorro interno, y finalmente generadora de divisas para el uso y consumo en la economía. (Pérez Toro, 2013, p. 18)

En la actualidad, luego del periodo entre 1975 y 1990, la producción a nivel mundial aumentó y creó nuevos competidores, lo que dejó a Colombia fuera de los primeros lugares de producción de café suaves (Pérez, 2013, p. 20). En este contexto, la producción cafetera se enfrenta a nuevos retos, en particular al impacto de la globalización que dio lugar a discusiones sobre la *cohesión territorial*. Un ejemplo de los procesos

de cohesión es la experiencia LEADER (*Liaison Entre Actions de Développement de l'Économie Rurale*)<sup>2</sup> creada en 1991, en la Unión Europea, cuyo objetivo fue la consolidación de identidades colectivas para “promover una mayor cooperación entre el medio rural y el medio urbano, potencializando el valor económico, social y cultural del territorio e impulsando un mejor aprovechamiento de las posibilidades sinérgicas entre los distintos actores socioeconómicos e institucionales” (Moyano-Estrada y Ortega, 2014, p. 48).

La discusión alrededor de la cohesión territorial toma relevancia en los procesos de producción de café, dado que la cultura cafetera asociada genera todo un marco de procesos de territorialidad que, en la dinámica de la globalización, complejiza la relación entre lo local y lo global. En el informe titulado Sostenibilidad en Acción 1929-2010, de la FNC, en 2011 se indica que:

En la actualidad, 553 mil familias producen café, y cerca de cuatro millones de colombianos dependen de este cultivo. Ninguna otra actividad agrícola ha generado el ingreso y el desarrollo social asociado al café en las zonas rurales de Colombia. (...) El 95% de las familias cafeteras cultivan el grano en pequeñas fincas o parcelas, cuyos cultivos de café, en promedio, no superan las dos hectáreas. La reducida dimensión de sus cultivos ha permitido que la actividad cafetera se desarrolle en un ambiente esencialmente familiar alrededor del cual se han forjado una serie de valores y tradiciones, que han tenido gran influencia en la calidad reconocida del café colombiano. (FNC, 2011, p. 10)

Son estos valores los que, en medio de las relaciones entre lo local y lo global, se tornan vulnerables a procesos de desterritorialización en diversas dimensiones, que incluyen la económica, política y cultural. Esa vulnerabilidad se explica dado que las asimetrías sociales en el

territorio no se reducen a las dos primeras dimensiones. Al hablar de cohesión territorial:

No nos estamos refiriendo apenas al objetivo de reducir las desigualdades económicas (según los indicadores de productividad/renta/empleo) y sociales (discriminación por razones de género, edad, nivel de cualificación profesional, de situación geográfica etc.) existentes entre las poblaciones que residen en ciertos territorios, mediante la intervención de los poderes públicos. (Moyano-Estrada y Ortega, 2014, p. 49)

Bajo esta lógica, los procesos de cohesión territorial pasan más allá de un proceso de consolidación de infraestructuras físicas. Es necesaria la consolidación de infraestructuras sociales promotores del fortalecimiento de tejidos sociales sólidos que posibiliten un ejercicio de territorialidad robusto, frente a los embates de la globalización.

Un elemento esencial para este proceso de consolidación puede ser explicado por medio del concepto de *institucionalidad*, comprendida como todo el conjunto de hábitos y normas derivados de la vida colectiva en el territorio que se teje en medio del conflicto.

El mundo del institucionalismo es, por eso, aquel en que lo que más cuenta es la vida colectiva, la evolución, la presencia de agentes activos y, por veces, hasta irracionales, en donde hay eficiencia, pero también hay desperdicio, en donde los desequilibrios acontecen y son parte de un reino de incerteza, en el que el conflicto cuenta tanto como la cooperación. (Reis, 2001, p. 124)

En el caso del café, la institucionalidad ha desempeñado un papel muy importante. Un ejemplo de ello es la Federación Nacional de Cafeteros, FNC, nacida al interior de los productores de café, cuya función, teniendo en cuenta la mirada institucional, responde y:

2 LEADER, por sus siglas en francés; en español, vínculos entre acciones de desarrollo de la economía rural.

Se asienta en la concepción esencial que la actividad humana es un acto colectivo y que los individuos superan sus irreductibles limitaciones a través de la construcción de convenciones, esto es, de patrones de acción y comportamiento que resultan de las interacciones, más de lo que de las capacidades innatas. (Reis, 2001, p. 125)

En esta interacción se consolidan, en paralelo, una serie de densidades que son “el mapa de las densidades socioeconómicas, culturales, políticas y relacionales de los sistemas en presencia [de] lo que hace el mapa del mundo” (Reis, 2001, p. 130). Efectivamente, tanto las densidades como la institucionalidad mudan en el tiempo; el caso de la FNC y la producción cafetera su expansión por el territorio nacional son muestra de ello. Es por ello que:

Es necesario concebir la mudanza institucional como el resultado de la introducción y difusión de innovaciones, gobernadas por una racionalidad que podemos denominar de “capitalista” y configurando un proceso de evolución institucional, en la medida en que las interacciones entre los agentes no solo preservan una dada articulación de arreglos (territoriales), sino también abren oportunidad para que estos sean modificados por las acciones de aquellos, que actúan estratégicamente frente a sus intereses y objetivos. (Pondé, 2005, pp. 148-149)

Es en esta lógica que “aparecen como reglas de juego, otras, como organizaciones, o como hábitos y normas que interfieren irreversiblemente en la vida económica” (Conceição, 2001, p. 26), con importantes desdoblamientos en la dimensión social. En esta línea, los procesos de institucionalización están vinculados de forma directa con las relaciones socio-espaciales situadas en el territorio, que no dejan de ser afectados por los denominados mitos institucionales. Estos actúan como modeladores de las relaciones desde la dimensión global, que impactan la educación. En este sentido, Meyer y Ramírez (2010) resaltan que:

La difusión rápida en los países menos desarrollados refleja el grado en que sus identidades como estados-nación dependen de su adhesión a modelos y énfasis educativos internacionales. No obstante, las mismas identidades nominalmente autónomas de estado-nación hacen casi imposible que los organismos exteriores controlen y gestionen meticulosamente la aplicación de los modelos educativos. El resultante acoplamiento impreciso es endémico; la estandarización educativa es una especie de proceso de parcheo en el que varía qué es exactamente lo que se recorta y lo que se añade. Dadas estas variaciones temporales y entre naciones, son notables las múltiples tendencias al isomorfismo educativo, que dirigen nuestra atención hacia la institucionalización mundial de la educación. (Meyer y Ramírez, 2010 p. 129)

El efecto de estos mitos institucionales dentro de la institucionalidad local derivan en un proceso denominado de isomorfismo (Meyer y Rowan, 2010). Para estos autores:

El isomorfismo como las instituciones del entorno tiene varias consecuencias vitales para las organizaciones: a) incorporar elementos legitimados externamente, más allá de su eficiencia; b) utilizan criterios de evaluación externos o ceremoniales para definir el valor de los elementos estructurales, y c) la dependencia de instituciones consolidadas externamente reduce las turbulencias y mantiene la estabilidad. (Meyer y Rowan, 2010, p. 67)

De este modo, la relación local-global impacta en diversos componentes que pierden de vista fenómenos centrales, como la educación situada territorialmente, un elemento que, para el caso del café en Colombia, presenta tensiones alrededor de los relevos generacionales. En estos, los horizontes culturales de los agentes situados se amplían frente a las condiciones situadas en un proceso dialéctico complejo respecto de los planes nacionales de educación. Este elemento lo tratamos a continuación.



## Relevo generacional: El reto de la educación

La educación alrededor del Café en Colombia presenta varias iniciativas, pero quizá la que más relevancia tiene es la propuesta fundamentada en la *Escuela Nueva*. Esta propuesta “transformó las concepciones sobre el desarrollo y la formación del hombre, la infancia, el maestro, la escuela, la política educativa, los métodos de enseñanza, el aprendizaje, la evaluación y la didáctica.” (Ríos, 2013, p. 80).

La comprensión de la dimensión activa en la enseñanza-aprendizaje y de los fines mismos de la educación fue pieza clave para esta “renovación”. Elementos como la Revolución Francesa, las teorías evolucionistas y –claro está– los avances en la psicología marcaron el trasfondo científico de esta nueva propuesta (De Zubiría, 2014). En este marco, los aportes de figuras como Comenio y su *Didáctica Magna* (1657), Jean Jaques Rousseau con el *Emilio*, y más adelante Pestalozzi (1746-1827), junto con Froebel y su apuesta por los jardines infantiles dieron pie a pensar sobre la autonomía del niño en su proceso de aprendizaje<sup>3</sup>. Este tema había sido excluido de la educación tradicional basada en una postura heteroestructurante, en la que el estudiante se asume como una “tabla rasa” necesitada de contenidos, que solo el docente tiene, lo que niega todo el marco de experiencias del estudiante. Para De Zubiría (2014), la *Escuela Nueva*:

Rompe con el paradigma tradicional que explicaba el aprendizaje como el proceso de transmisiones que se realizan desde el exterior y se asimilan por parte de los alumnos. En su lugar, la nueva escuela defenderá la acción, la vivencia y la experimentación como condición y garantía de aprendizaje. (De Zubiría, 2014, p. 112)

Estas ideas se fundamentan en un modelo pedagógico basado en la acción y la autoestructuración, en el que se promulgan importantes elementos en relación a los fines, los contenidos, así como su organización y procesos; la dimensión didáctica y la evaluación. Dentro de sus características tenemos que:

Este modelo de enseñanza tiene como pilares los componentes: capacitación docente, currículo, administrativo y comunidad; permite educar niños de entre siete y doce años de edad en educación básica, con docencia multigrado, aplicando como principios básicos la promoción flexible, el aprendizaje activo, participativo y colaborativo, respetando los ritmos de aprendizaje y desarrollo, educando de forma contextualizada y constructivista a partir de la experiencia natural y la manipulación. (Suárez, Liz y Parra, 2015, p. 198)

En Colombia, este modelo tiene su entrada con la creación del Gimnasio Moderno, en 1914, en el que la influencia de Montessori y de Decroly fueron fundamentales (De Zubiría, 2014, p. 111). Desde esta época hasta el presente, este modelo viene tomando gran protagonismo, en cuanto que ha iniciado la discusión sobre los fines y el rol del estudiante en la enseñanza-aprendizaje, en el que la influencia del constructivismo y la psicología Piagetiana han alimentado nuevos modelos de formación vinculados a los contextos socio-espaciales de los estudiantes.

El modelo de *Escuela Nueva* ha tenido una gran importancia dentro de los territorios cafeteros, en los que el panorama de asimetrías educativas, efecto de la lenta expansión de cobertura en el territorio colombiano, genera un dualismo entre lo rural y lo urbano. En este sentido, la apuesta de

3 No podemos dejar de mencionar otras importantes figuras, referenciadas por De Zubiría (2014) entre ellas el norteamericano J. Dewey (1859-1952), Claparède (1873-1940), Ferriere (1879-1960) ambos en Suiza; Cousinet (1881-1973) y Freinet (1896-1966) en Francia, y Montessori (1870-1952) en Italia (De Zubiría, 2014, p. 111).

la Escuela Nueva, en sus principios y características, emerge como una estrategia para generar procesos educativos que partan de las experiencias socio-espaciales. Una de las experiencias destacadas está en Caldas, en donde la escuela nueva se convirtió, desde 1982, en alianza con el Comité de Cafeteros, en un eje para la inclusión de la población, desde una interrelación que tiene en cuenta la Cultura Cafetera. En paralelo, desde el Ministerio de Educación, en 2010 se lanza el Manual de implementación de la Escuela Nueva, que busca atender a las poblaciones de las escuelas multigrado en la ruralidad cafetera, particularmente en Caldas.

Esta experiencia resulta ser un hito dentro de la cultura cafetera, dada la importancia que tiene el departamento de Caldas en la consolidación de paisajes cafeteros. Sin embargo, su transferencia se ve afectada por la ausencia de sistematizaciones y gestión de conocimiento que permita generar modelos educativos, vinculados al café, para solventar una tensión latente: el relevo generacional cafetero<sup>4</sup>.

Frente a contextos de globalización, el relevo generacional se torna complejo, como mencionamos con anterioridad, puesto que las relaciones entre lo local-global implican dinámicas tanto económicas, como culturales. De esta manera, el amplio marco de informaciones a las que se accede hoy día genera una ampliación en los horizontes geográficos de quienes habitan el territorio, lo que produce tensiones entre los lugares de enunciación, las proyecciones de vida y la posibilidad de concretarlas. Este elemento genera un desinterés por parte de quienes han crecido en medio de la cultura cafetera, en cuanto que las condiciones socio-espaciales distan mucho del mundo representado en la globalización.

Son varios los factores que inciden en este desinterés, asociados particularmente a temas como el acceso a tierras, condiciones sostenibles de ingreso económico y espacio de formación (El Caficultor, 2017). En este sentido la implementación de programas por parte del Estado pasa no solo, como se mencionó, por la creación de infraestructuras físicas.

En la actualidad, la edad promedio de los caficultores colombianos alcanza los 53 años y se observa un número creciente de productores mayores de 60, márgenes de edad que representan el 33% de la población caficultora. Lo anterior se suma a la creciente migración de jóvenes provenientes de familias cafeteras a los grandes centros urbanos. (Ministerio de Cultura de Colombia, 2011, p. 56)

Bajo esta lógica, el incremento en la escolarización por parte de muchos jóvenes hace que sus proyecciones de vida no estén situadas en los territorios cafeteros, elemento que pone en jaque la sostenibilidad de la producción cafetera y de todo su acervo cultural. En un estudio realizado en el departamento de Caldas en 2012, se da un panorama concluyente y que puede ser replicado a diferentes regiones cafetaleras. En este se indica que:

Existe una brecha entre los programas de relevo generacional y la lógica empresarial de los jóvenes, pues como marca el estudio, la tendencia de los jóvenes no es hacia programas asociativos sino hacia proyectos individuales que respondan a su búsqueda de independencia. De otro lado, los programas están estructurados con variables económicas (condiciones tecnológicas de las fincas) y no correlacionan con las variables culturales (valorización de intangibles) que son las que más peso tienen en la decisión de los jóvenes. (López, 2013, p. 282)

4 Esta es una de las preocupaciones latentes dentro de la FNC y en particular en la Fundación Manuel Mejía FMM vinculada a la primera y orientada al desarrollo de programas educativos en el ámbito rural.

Frente a este panorama, la educación asume un reto complejo. No solo como vehículo de saberes y tradiciones, sino como fomentadora de procesos de autonomía que desdoblán en los territorios. Para el caso del café en Colombia y la cultura cafetera, la educación se torna en un vehículo de transmisión de todo un amplio marco de valores institucionalizados como eje de la vida cotidiana, que, en el proceso de expansión territorial de la cultura cafetera, requiere amalgamar dimensiones socio-espaciales diversas y complejas. En paralelo, el relevo generacional requiere de un enfoque ampliado de las relaciones

local-global y de los horizontes de futuro que los jóvenes tienen sobre el territorio.

De esta manera, las relaciones entre capital social, territorio y educación han de ser afinadas y potencializadas desde la dimensión curricular. La coherencia en esta dimensión debe dar cuenta de la comprensión de que el territorio es una construcción social en la que se configura una infraestructura física y en particular social de valores, saberes y prácticas que dan base al capital social en el que la educación actúa en doble vía: como medio estructurante y como fin estructurador de los procesos de desarrollo territorial.

## Consideraciones finales

El café como otros productos en Colombia, se convierte en un eje articulador de dimensiones económicas, políticas y culturales, que en su emplazamiento territorial configuran infraestructuras físicas y sociales de gran importancia. El capital social resultante se convierte en un elemento fundamental en la proyección de desarrollos territoriales. En él se consolidan toda una serie de valores derivados de la cotidianidad territorial que son la base para el desarrollo y la cohesión.

La educación, en su dimensión curricular, es un importante elemento de reflexión frente a la coherencia de esta y las realidades socio-espaciales. El currículo debe responder a los intereses territoriales enunciados desde los participantes, en un proceso de conciliación de medios y fines con las dimensiones educativas planteadas

desde el orden nacional, por medio de la conjugación de capitales sociales e intencionalidades de desarrollo territorial.

En esta línea, el relevo generacional va más allá de una condición de permanencia en el territorio: involucra el efectivo acceso a derechos en las poblaciones jóvenes, lo que implica, en el fondo, proyectar nuevos abordajes sobre la comprensión de campesino-productor, ampliándose hacia una mirada más incluyente de ciudadano. En ella, la educación será el epicentro de acopio de perspectivas, lo que pone de presente la innegable necesidad de la investigación y sistematización de las experiencias cafeteras asociadas a la educación, como medio para la consolidación de propuestas de acción coherentes territorialmente.

## Referencias

- Becattini, G. (2002). Del distrito industrial marshalliano a la teoría del distrito contemporánea. Una breve reconstrucción crítica. *Investigaciones Regionales*, 1. pp. 9-32. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2124386.pdf>
- Conceição, O. (2001). Os Antigos, Os Novos E Os Neo-institucionalistas: Ha Convergencia Teórica No Pensamento Institucionalista? *Revista Análise Econômica*, (36). DOI: <https://doi.org/10.22456/2176-5456.10664>
- De Zubiría, J. (2014). *Los modelos pedagógicos: hacia una pedagogía dialogante*. Coop. Editorial Magisterio.
- El Caficultor (2017). 85 Congreso Cafetero, histórico para Caldas. Federación Nacional de Cafeteros. Edición 277 - Manizales-Colombia. Recuperado de <http://recintodelpensamiento.com/ComiteCafeteros/ElCaficultor/Periodico/2017-12-ElCaficultor.pdf>
- Federación Nacional de Cafeteros (FNC). (2011). *Sostenibilidad en Acción 1927-2010*. Federación Nacional de Cafeteros. Ed. CYCLUS. Colombia.
- García, E. (2014). El Café: eje articulador en el desarrollo económico del territorio colombiano a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. *Revista Epokhe*, 7, 39 - 45.
- Haesbaert, R. (2011). Del mito de la desterritorialización a la multiterritorialidad. *Revista Cultura y Representaciones Sociales*, 8(15), 9 - 42. Recuperado de <http://www.culturayrs.unam.mx/index.php/CRS/article/view/401/401>
- López, L. (2013). Generación de relevo y decisiones de inversión en fincas cafeteras en el departamento de Caldas-Colombia. *Revista Sociedad y Economía*, (24), 263-286. Recuperado de <http://www.scielo.org.co/pdf/soec/n24/n24a12.pdf>
- Machado, A. (2001). El café en Colombia a principios del siglo XX. En: G. Misas (ed.) *Desarrollo económico y social en Colombia*, 77-98. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, pp..
- Meyer, J. y Ramírez, F. (2010). *La Educación en la Sociedad Mundial: Teoría Institucional y Agenda de Investigación de los Sistemas Educativos Contemporáneos*. Barcelona: Ed. Octaedro.
- Meyer, J. y Rowan, B. (2010). Organizaciones institucionalizadas: la estructura formal como mito y ceremonia. En *La educación en la sociedad mundial: teoría institucional y agenda de investigación de los sistemas educativos contemporáneos*, 55-84. Barcelona: Octaedro, Ed.
- Ministerio de Cultura de Colombia. (2011). *Paisaje cultural cafetero un paisaje cultural productivo en permanente desarrollo*. Bogotá: Ministerio de Cultura de Colombia, Dirección de Patrimonio.

- Moyano-Estrada, E. (1999). El concepto de capital social y su utilidad para el análisis de las dinámicas del desarrollo. *Revista Economia Ensaio*, (221). DOI <https://doi.org/10.32418/rfs.2001.221.2454>
- Moyano-Estrada, E. y Ortega, C. (2014). O significado das políticas europeias de coesão (2014-2020): uma aposta no enfoque territorial. *Revista de desenvolvimento econômico*, (30). DOI: <http://dx.doi.org/10.21452/rde.v16i30.3605>
- Pérez, J. (2013). *Economía cafetera y desarrollo económico en Colombia*. Bogotá: Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano. Facultad de Ciencias Sociales. Programa de Relaciones Internacionales.
- Pondé, J. (2005). Instituições e Mudança Institucional: Uma Abordagem Schumpeteriana. *Revista Economia Brasilia (DF)*, 6(1), 119-160.
- Reis, J. (2001). A globalização como metáfora da perplexidade? Os processos geo-económicos e o 'simples' funcionamento dos sistemas complexos. En *Globalização: Fatalidade ou utopia*, 109-134.
- Ríos, R. (2013). Escuela Nueva y saber pedagógico en Colombia: apropiación, modernidad y métodos de enseñanza. Primera mitad del siglo XIX. *Revista Historia y Sociedad*, (24), 79-107.
- Santos, M. (2000). *La Naturaleza del Espacio*. Traducción: María Laura Silveira. ed. Ariel. Barcelona-España.
- Suárez, D., Liz, A.; Parra, C. F. (2015). Construyendo tejido social desde la Escuela Nueva en Colombia. El caso Chimbe. *Rev. Cient. Gen. José María Córdova*, 13(15), 195-229